

BOLETIN DE POLITICA EXTERIOR.

EL 14 DE JULIO.

Invitado por mi ilustrado y antiguo amigo el Sr. Lic. Juan de Dios Arias á escribir un *Boletín de Política Exterior* para los mártires de *La Época*, nada podía serme más grato que comenzar á verificarlo el histórico 14 de Julio, aniversario célebre de la toma de la Bastilla por el esforzado pueblo francés.

El *Siglo XIX* me ha hecho el honor de reproducir el modesto brindis que pronuncié en San José de Costa Rica el 14 de Julio de 1883, en el banquete dado para celebrar tan memorable acontecimiento, por el vice-cónsul de Francia en aquel país (el muy inteligente orador y periodista D. Fernando Limperani) y ha insertado también como complemento de aquel brindis, el que dijo el Sr. Limperani en la comida con que la Legación que entonces estuvo interinamente á mi cargo, creyó de su deber solemnizar la patriótica fiesta del 16 de Setiembre.

Confieso ingenuamente que vivísimo gozo asalta á mi corazón recordando aquellos deliciosos momentos de un entusiasmo tan puro como grande. Al dignarse el Sr. Presidente D. Manuel González nombrarme secretario de la Legación de México cerca de los Gobiernos de las Repúblicas de Centro América, nunca pude imaginar que bien pronto—en virtud de una licencia concedida al pundonoroso Sr. general D. Francisco Loaeza, para el restablecimiento de su salud—habría yo de quedar al frente de dicha Legación, por el espacio de un año, obteniendo el alto honor y la inmensa responsabilidad de representar y defender los derechos é intereses de la más culta, rica y heroica de las naciones latinas de nuestro Continente.

En un día como el de hoy no serán inoportunas algunas reminiscencias, ya que el ilustrado director del *Siglo XIX* ha tenido la bondad, que mucho le agradezco, de hacer las reproducciones á que me he referido.

Cuando al entrar (el 14 de Julio del año último) en el espacioso salón del elegante "Hotel Vigne" de San José, iluminado profusamente con mil farolillos de colores y con luces eléctricas, escuché tocar el himno mexicano y ví flamear la gloriosa bandera de mi querida patria adoptiva, al lado de las de Francia y de Costa Rica; cuando al llegar al mismo salón se nos recibió al Sr. Luis Corro (Secretario interino de la Legación) y á mí, por una comisión de distinguidos caballeros franceses, presidida por el Sr. Limperani, y se me dió el lugar de honor sin embargo de hallarse allí presentes elevados funcionarios, comprendí una vez más todo lo que vale México y hasta donde llegan su prestigio y respetabilidad.

Después de haber pronunciado correctísimo y discreto *toast* el Sr. Limperani, fuí in-

vitado á hablar, y lo hice con gusto, con espontaneidad, con calor, porque no podía ser de otra manera, si se tiene en cuenta el inesperado y brillante recibimiento que se me había hecho. Mis sencillas palabras, improvisadas, porque eran una respuesta á las benévolas alusiones dirigidas á mi país, á mi Gobierno y al personal de la Legación por el joven vice-cónsul, carecieron por completo de elocuencia, y sin embargo fueron aplaudidas, vitoreándose á México, á Hidalgo, á Juárez, y á los señores presidentes Díaz y González por más de cien franceses y costarricenses allí reunidos.

Hubo momento en que me imaginé que aquella fiesta era mexicana y no francesa. El atinado orador, Dr. D. José María Castro, Secretario de Relaciones exteriores de Costa Rica, y uno de los publicistas más notables que ha habido en Centro América; el ilustrado joven D. Bernardo Soto, Secretario de Hacienda, y otras personas distinguidas, asociaron en magníficos discursos las glorias francesas á las americanas, consagraron frases de admiración á Hidalgo, á Morelos, á Bolívar y á Sucre al dedicarlas á Vereingétorix, á Hoche y Damouriez. En seguida hablaron varios franceses para declarar que habían formado parte del ejército que invadió nuestro país, y que por lo mismo eran testigos de la nobleza, del valor y de la fé con que los mexicanos se habían batido constantemente, en defensa de la tierra patria, de las instituciones nacionales y de su hogar. Uno de ellos se enorgullecía de haber sido herido por bala mexicana, en reñidísima lucha, y declaró que ni cuando la guerra llegó á exacerbarse más, dejaron los combatientes mexicanos de hacer una perfecta separación entre el respeto que merecía la cultura de la Francia y el justo aborrecimiento á que se hicieron acreedores los maquiavélicos cortesanos de Napoleón III.

¡Qué entusiasmo, qué delirio produjeron aquellas imparciales manifestaciones! A los bravos y á los aplausos de los comensales, se sucedieron los gritos enardecidos de trescientas ó quinientas personas del pueblo que escuchaban los brindis desde las ventanas; incontinenti sonaron los acordes del himno mexicano, tocado por excelentes bandas militares, después siguió el de Costa Rica, y al concluirse éste se estremeció el auditorio escuchando soberbia *Marsellesa*, á cuya música acompañaron con nervioso canto casi todos los circustantes, repitiendo las conmovedoras y épicas estrofas que han dado la vuelta al mundo, regando sangre humana, pero repartiendo por todas partes la simiente benéfica de la libertad.

Las enramadas y las flores que decoraban el salón, traían á mi memoria las verdes hojas que Camilo Desmoulins arrancara de los jardines para ofrecer al pueblo una nueva escarapela nacional. Los entusiastas caballeros franceses, brindando calurosamente

por su patria y por la libertad apurando espumoso champagne, recordábanme á aquellos girondinos ilustres, que bebían y cantaban por la gloria de la Francia, la noche última de su inmenso sacrificio.

Todo terminó; todo ha pasado ya, pero así como Mendelssohn creía oír en sus ensueños de artista el eco vago y seductor de sus propias canciones, al llegar el 14 de Julio de 1884 me parece que mi espíritu se transporta al simpático San José de Costa Rica, en la noche inolvidable del 14 de Julio de 1883. Creo ver allí unidos aún en un mismo amor á franceses, á centro-americanos y á mexicanos, como los ví identificados más tarde en el mismo sitio, en celebración del 16 de Setiembre.

No necesité ser demasiado perspicaz para comprender que aquellas ovaciones no las había despertado mi persona, sino la gran nación que yo representaba. Así lo entendí igualmente cuando me dirigieron honorosísimos votos de gracias escritos por mi humilde improvisación, el señor vice-cónsul Limperani, el honorable Encargado de negocios de Francia en Centro América, y el bizarro general Millot, el héroe del Tonkin, que en aquella época despachaba el Ministerio de negocios extranjeros de la República francesa, como director de los negocios políticos de dicho Ministerio.

Por lo mismo que la Francia me inspira grandes simpatías, porque pertenece á nuestra raza y porque de ella surgieron los salvadores principios que dieron vida á las repúblicas americanas, he presenciado con intenso placer sus progresos científicos, comerciales é industriales en la última década. No le deseo nuevas campañas, ni nuevaseconquistas, en razón á que si los guerreros tienen momentos en que suelen desempeñar misiones providenciales, un Víctor Hugo, un Thiers, un Arago ó un Cuvier son redentores constantes de los pueblos. Es verdad que actualmente horrible epidemia está diezmando algunas poblaciones del Mediodía de la Francia, pero esa calamidad pasará, y si aquella República continúa siendo dirigida por hombres del talento y del tacto político de Mr. Ferry, no puede dudarse que á la sombra de la paz, el 14 de Julio será solemnizado en lo futuro en sus populares ciudades y en todo el universo libre, con esplendorosa magnificencia.

En este año, los franceses residentes en México celebran su fiesta nacional con el natural alborozo, apartando la vista por un momento de los extragos del cólera y de las enojosas cuestiones de partido. Han hecho bien, y han contado con el importante concurso de nuestra sociedad más distinguida. Las imprudentes frases de M. Sauvalle, que nuestros lectores conocen, no fueron suficientes para sembrar zizania entre los mexicanos sensatos y una colonia tan laboriosa.